

UNO. José María Ramos Mejía tuvo también la oportunidad de efectuar una evaluación médico-legal de Nieves Lobato y su familia. Conocemos su informe porque fue incluido en 1893 en su libro *Estudios clínicos sobre las enfermedades nerviosas y mentales*ⁱ. En la página inicial de esa versión, se informa que había sido redactado por Ramos Mejía en calidad de “médico perito de los Tribunales”, y que había sido elevado al juez de primera instancia el 3 de abril de 1881. Esa fecha tiene que ser un error, pues el caso policial ocurrió en abril de 1882. Más aún, el texto incluido en el volumen de 1893 no recupera la versión original, pues contiene muchas referencias a literatura médica más reciente (por ejemplo, se cita un trabajo de Bouchard aparecido en 1885). Es decir que después de su primera redacción, su autor reescribió al menos algunos fragmentos. Algún día quizá podremos despejar esas y otras dudas sobre las producciones del autor de *Rosas y su tiempo*. Mientras que sus obras referidas a las multitudes, la simulación o los males sociales han recibido la atención de muchos investigadores del terreno de la historia intelectual, poco y nada conocemos sobre su trabajo cotidiano en el campo de la neurología o la medicina mental. Contamos con buenas reconstrucciones de su rol en las oficinas de higiene que le tocó comandar, pero lo ignoramos casi todo acerca de su desempeño en la sección de enfermedades nerviosas del Hospital San Roque. El día en que la historia de la psiquiatría comience a dar sus primeros pasos en nuestro país, la situación será otra.

Al igual que su colega Meléndez, y a todo con los hábitos de aquel entonces, Ramos Mejía inicia la descripción del caso con la enumeración de los antecedentes hereditarios de los miembros de la familia. Coincidiendo con el director del manicomio de hombres, declara que el factor generacional era allí más que evidente: “Los antecedentes hereditarios de la familia son tan abundantes y tan claros, que puede establecerse de una manera perentoria que ella constituye uno de esos raros ejemplos en que la *mácula* neuropática contamina á todos y á cada uno de sus miembros”ⁱⁱ. También nuestro autor considera que la filicida ha padecido histeria desde su temprana infancia, y agrega que hoy en día es una “alienada incurable”. Luego de muchos años de presentar los signos clásicos que permitían sospechar un carácter histérico (súbitos cambios de ánimos, caprichos inmotivados, inapetencia, insomnio), a los 18 años se habría producido el primer ataque de histeria convulsiva. Al momento en que Ramos Mejía la examina, Nieves presentaba “muchos de los estigmas físicos” de la patología. Para ejemplificarlo, el futuro director del Departamento Nacional de Higiene daba muestras de haber leído a Charcot y sus discípulos: “Los ovarios están sumamente doloridos, particularmente el izquierdo, que aunque su comprensión no provoca el acceso, revela una exquisita sensibilidad”ⁱⁱⁱ. A eso había que sumar un mutismo tenaz, un tenor melancólico interrumpido frecuentemente por alucinaciones de carácter religioso, que la sumían en actitudes de verdadero éxtasis místico. Además de leer a Charcot, Ramos Mejía leía a los herederos de la frenología, y cuando le toca evaluar a uno de los hermanos de la enferma, confiesa haber “buscado con toda la buena voluntad y el calor de un observador convencido, esas tenebrosas asimetrías craneanas que en la epilepsia de los hereditarios explica la oscura patogenia de ese misterioso mal caduco”^{iv}.

DOS. Ahora bien, luego de observar y describir a todos los familiares de Nieves, Ramos Mejía sabe que todos los indicios que ha hallado de herencia malsana no alcanzan para responder al interrogante que insiste: ¿por qué todos y cada uno de los Lobato tuvieron la razón perturbada en el instante de crimen horroroso? Según el autor, es menester asomarse a los secretos de una “propagación”, que no alude al pasaje generacional de la *mácula*, sino al contagio instantáneo de la sinrazón entre quienes viven bajo un mismo techo. Se trata de una locura simultánea que, afectando a varios miembros de una familia, no responde empero al poder de la herencia. Lo que ha tenido lugar es eso que los autores franceses (Lasegue y Falret) llaman *folie à deux*. En este caso en particular, el mecanismo sería muy fácil de explicar. Nieves tenía una ascendencia muy clara sobre sus familiares. Todos ellos, además de una disposición hereditaria ya advertida, adolecen de una inferioridad mental muy notoria. En el transcurso de esa argumentación, aparece un detalle que quedaba velado en la narración de Meléndez: fueron los hermanos quienes, bajo las órdenes delirantes de Nieves, dieron muerte a uno de los niños. ¿No aparece acaso en el relato de Ramos

Mejía una insistencia en los tópicos que eran parte de su enseñanza pero que tenían sin cuidado a los alienistas como Meléndez? Citemos: “Mientras han estado sujetos á la presión de ese encantamiento terrible, de esa extraña fascinación que ha ejercido Nieves, la conciencia de todos ellos estaba ausente (...). Han ejecutado la complicidad con el automatismo y la inconsciencia de esa sugestión dolorosa, verificada poco á poco, que ha ido ganando su espíritu”^v. ¿No sucede como si Ramos Mejía y Meléndez rellenaran el vacío misterioso del problema al que se enfrentan -la momentánea locura compartida, la sinrazón que es familiar pero no del todo hereditaria- con el vocabulario que tejía su clínica y su faena diaria? ¿No primaba acaso en el alienista el léxico de la autoridad -recordemos su sagaz observación de que el padre estaba ausente cuando las aberraciones fueron perpetradas-? ¿Podía ser de otro modo en alguien que todos los días debía resolver los problemas del gobierno de un asilo al que eran arrojados los peligrosos y los maníacos? En el mismo sentido, en alguien que ensayaba una atención a los cuerpos histéricos y sus desfallecimientos, era natural que el recurso al lenguaje de los automatismos y las sugestiones fuera el elemento rector.

-
- i José María Ramos Mejía (1893) “Locura comunicada. Folie à deux de Laséque - Falret - Regis”. En *Estudios clínicos sobre las enfermedades nerviosas y mentales* (pp 189-206). Buenos Aires: Félix Lajouane. Todo indica que este libro, el único que contiene textos eminentemente “médicos” de su autor, jamás fue reeditado.
- ii Op. cit., pp. 189-190.
- iii Op. cit., p. 196.
- iv Op. cit., p. 200.
- v Op. cit., p. 205.